

sencia de los Maestros, en la primera lírica de Federico. ¡Como en tantos otros! Calatayud ha sentido también el hechizo juanramoniano. Pero sólo como un marco de incitaciones.

Lo era todo:
Naturaleza, Amor y libro,

escribe el poeta de Moguer. Y Calatayud, sencillamente, poéticamente, escribe un solo nombre:

Guiomar.

Un solo nombre que por sí es poesía aureolada por leyenda de siglos medievales.

Este bello cuaderno de poesía surge también dentro de aquel canon del poeta: «Sencillo.—Lo conseguido con los menos elementos, es decir, lo neto, lo apuntado, lo sintético, lo justo, Por lo tanto, una poesía puede ser sencilla y complicada a un tiempo, según lo que pretenda expresar».

«Canto a Guiomar» es un poema perfecto y puro. Y dad a las palabras perfección y pureza toda su transparente e irisada profundidad. Una muchacha joven pasa por estas páginas, rozando levemente con el pie una tierra mojada y primaveral. A la vez, pone un nimbo de luz en el corazón de un poeta joven.

Calatayud ha escrito como quería Maragall: entusiasmado, iluminado. Y sus palabras se han hecho música:

Anoche grité: ¡Guiomar!
creyendo que tú venías.

Al leer este Cuaderno he pensado, no se por qué, en la lírica portuguesa. Hay en ella —¡ese Joao de Deus, ese Teixeira de Pascoaes!— una sutil evanescencia. Resulta de fugas, ausencias y saudades. Así esta Guiomar: pura concreción espiritual, perfilada por presentimientos juveniles:

...y toda tu pureza sobre mi sueño oscuro
sobre mi soledad de frente y de mirada,
de un saberte nacida,
de un no saber el norte que mis pasos persiguen.

(Fernando Calatayud: «Canto a Guiomar». Cuadernos de poesía, número 2, Instituto de Estudios Manchegos, Ciudad Real, 1950).

José María MAR-VAL